

# Europa, lugar común, Yugoslavia desafortada...

t/

EMILIO  
GARRIGUES

*«La decadencia romana fue  
apenas contenida por el  
cristianismo de Roma, en su  
esfuerzo de evangelización, que  
apenas pudo llegar a Europa  
Central (y menos aún a la  
Oriental) donde tropezó con la  
religión ortodoxa.»*

**A**ntes de lanzarme a escribir (acto pretencioso), he empezado por releer y leer (acto de humildad más que de reconcomio). Así he vuelto a hojear las muchas páginas de «Europa aeterna», obra suiza (país modélico por su temprano federalismo), patrocinada por los estadistas de la nueva Europa, en 1960. Me he aplicado, asimismo, a leer la caterva de publicaciones, de la que es última «Genése de la modernité. Les douze siécles ou se fit notre Europe» (1922), por Maurice de Gandillac.

Tema tan amplio puede tratarse de diversas maneras. La mía, la más modesta, será un tanto brusca, influida, quizás, por el abordaje de la pequeña Europa (la pequeña península al sur del continente asiático, tal como la definió R. Valery) por los vecinos orientales y nora-fricanos. Como se trata de una movida interesada, no amorosa, evito deliberadamente la palabra «acoso». En verdad se trata de algo que no viene a la ligera, sino de profundis, pues cuando hubo un pequeño terremoto en el Norte de Alemania en la primavera del 92, una revista científica lo atribuía nada menos que a una traslación continental de África sobre Europa. Esto es algo que viene a coincidir con la calificación dej^título de este artículo, pues al concebirla como lugar común (en Retórica punto de apoyo) cobra sentido



que sirva de hogar a casi todos los europeos, incluso desabridos, y de amparo a los extranjeros.

Ignoro si carece de sentido o, al contrario, lo tiene plenamente, el que cuando nos encontramos, no en el tan cacareado fin de la historia, pero sí llegando al año 2000 (lo cual merece tanto alboroto como el alcanzado por el MIL), nos afanemos por remendar los andrajos europeos una vez más, en lugar de reconocer que el rey está desnudo, y de preocuparnos de conseguir el mundo UNO. De ello se ocupan los «mass media», «au jour le jour», y no les falta razón, por aquello de que a cada cerdo le llega su san Martín, y yo voy a tratar del tema, como modesto recopilador de datos, recurriendo más que al matiz, a lo vulgar, incluida la perogrullada y el retruécano, pues no en vano nuestro antepasado Marcial fue el más grande epigramático de Roma. El culteranismo, otra de las caras risueñas de lo hispánico, es, sin embargo, el contrapunto apropiado a las dos obras citadas, pero, sobre todo, el momento posmoderno de Europa. Góngora meditó sobre el Tiempo, no concebido como un final, sino una «voltafacia» más, pues no en vano el planeta tierra, como tantos otros, gira a volteretas por el espacio en los siguientes términos: —«Urnas plebeyas, túmulos reales, / penetrad sin temor, memorias mías / por donde ya el verdugo de los días / con igual pie dio pasos desiguales». Sólo un poeta, y de los audaces, puede permitirse representar así la multiplicidad y caducidad de los eventos humanos, con tanto desparpajo, mientras que el común de los mortales debemos escrutar los pasos del verdugo, tanto más si son desiguales, sin grandes esperanzas, pero sin los terrores del milenio, que catapulta al ignoto 2000 tanto a Europa como al mundo Uno. Europa, como su afín, el imperio romano, empezó... por no existir... pero a diferencia de éste, no ha llegado nunca a existir, pues no ha pasado de los dolores del parto que aún estamos sufriendo. Lo que es la mejor prueba de la persistencia del mito que puede ejemplificarse de nuevo en Góngora: «¡Oh! cuánto yerra, delfín que sigue en agua corza en tierra». Las quimeras no están concebidas para ser alcanzadas, pero sus atractivos son persistentes. Europa es un regalo mitológico, no en vano «ex oriente lux», de Grecia, en el año mil, para luego convertirse en imperio mediterráneo con Roma, pues su caudillo Germánico se contuvo en el «limes» del Rin, no tanto por temor a los germanos como a la lóbrega selva teutónica, tan opuesta al ameno bosque mediterráneo. La decadencia romana fue apenas contenida por el cristianismo de Roma, en su esfuerzo de evangelización, que apenas pudo llegar a Europa Central (y menos aún a la oriental) donde tropezó con la religión ortodoxa. En aquel trance, alrededor del año 1000, los pueblos con mayor consistencia, por supuesto sin que quepa hablar de vocación nacional, fueron los de Europa occidental, entendida, por lo

***«La Santa Alianza no pasó de proyecto y hubo que esperar a la primera guerra europea comenzada en Sarajevo (¡lagarto!), para que la posterior Sociedad de Naciones consagrara al Estado nacional.»***



*por otra parte harto  
evanescente, de la  
nacionalidad. Lo que sí queda  
claro es que Yugoslavia estaba  
lejísimos de ella.»*

demás, como conquista del vecino. Así pues, «la pequeña (10.000 km<sup>2</sup>) península al sur del continente asiático», tal como acertó a denominarla P. Valery, comenzó su vía crucis en condiciones inferiores a las que prevalecían en el Mediterráneo y en el lejano Este, donde florecían los imperios, el principal de ellos Bizancio. Bueno es saber que los principales enemigos de Roma no fueron los germanos (procedentes, no del Este europeo, sino del Norte) que pronto se incorporaron al ejército romano, sino las grandes invasiones desde el Este, de hunos y ostrogodos, terminadas con la implantación de los lombardos en el Norte de Italia.

La primitiva colonia griega «Byzantion», estuvo amenazada a todos los azimutes desde su fundación, y ni siquiera la paridad religiosa con Roma la protegió. Este lejano imperio durante mucho tiempo resultó el mejor heredero del Romano (antiguo). Baste decir que buena parte de los problemas de la Europa posromana provienen de su olvido, no menos que de su ulterior enfrentamiento a Bizancio. Este último no hubiese resultado víctima del Islam, de no haber sido antes quebrantado por la envidia y avidez europea, y más concretamente la del dux veneciano Dándolo, quien además de arrasarse Constantinopla robó muchas de sus riquezas, por lo que merece llamarse Tomándolo (aprovechándose de la 4.<sup>a</sup> cruzada...)

¿Salió Roma ganando de la desaparición de su rival?, ¿acaso la sustitución de Bizancio por el Islam y Moscú, hizo más fácil el camino hacia la Europa Oriental?

El desmoronamiento del Imperio Romano fue tan rotundo que el Papado tardó mucho tiempo en afirmarse como sucesor. Quedó, cómo único poder, si no universal (aspiración lejana) sí, al menos, europeo, más endeble, pero más extendido que el romano, que, como es sabido, era solamente europeo (apenas), mientras que el cristiano aspiraba a abarcar todo el orbe conocido. De aquí que apenas se iniciaron los primeros poderes laicos, caballerescos, feudales, monárquicos, estos últimos se enfrentaron no sólo entre sí, sino, sobre todo, al Papa. El ímpetu político de la primitiva iglesia era tanto mayor cuanto que contaba con toda la actividad intelectual (gracias al latín, única lengua culta), aplastando in ovo toda crítica proveniente de poblaciones incultas, laicas, gracias principalmente a la Escolástica. Aportación ésta que no libra al Papado de haber contribuido al embrollo europeo.

Ante tan abigarrado panorama, sólo cabe invocar el romance exhumado por Ortega «En tan grande polvareda, perdimos a D. Bertrán», aunque más atinada es la conclusión de que ni el Papa, ni más tarde el emperador, obcecados en su pretendido universalismo, apuntaron a Europa. Tampoco los señores feudales, ni sus sucesores, los primeros reyes territoriales, eran tal altruistas como para pensar más allá

de sus intereses personales o de clase. Lo único que tenían in mente, y confusamente ponían en práctica, era la idea del Estado monárquico, pues el Nacional estaba aún muy lejos, fuera de su horizonte. El primordial objetivo era independizarse, el Papa del emperador, éste del Papa, y los príncipes territoriales de ambos, por lo cual bien se comprende que su obsesión fuese la de defender las barreras naturales existentes (ríos y montañas), o de construir las fronteras mediante la fuerza de las armas o del dinero. Inglaterra era la única que, por su índole insular, las tenía indiscutibles. Los ibéricos disfrutaban de los Pirineos, sacando de necesidad, virtud, con un feudalismo más bien lánguido (existente pese a S. Albornoz) y presintiendo confusamente que su vocación les llamaba «tras os mares». Sólo Inglaterra y Francia se configuraban ya como lo que terminarían siendo. Europa Central, hostigada por Francia se desgarraba entre austríacos y alemanes, y a la Oriental sólo se le podría aplicar lo que los antiguos cartógrafos a las tierras incógnitas «hic sunt leoni». Así se implantó finalmente en Europa Occidental el Estado nacional, mientras en el Este cercano pervivió la quimera del imperio, y en el lejano Este la ley del más fuerte (igual que en el «far west»). Junto a la dura realidad de los hechos, lo demás eran sólo palabras (Erasmus, S. Ignacio, Comenius, hasta llegar a los preferidos de I. Berlín, Vico y Herder). La Santa Alianza no pasó de proyecto y hubo que esperar a la primera guerra europea comenzada en Sarajevo (¡lagarto!), para que la posterior Sociedad de Naciones consagrara al Estado nacional. Ahora bien, el concepto de Nación («la más atractiva de las subversiones», según lord Acton) lo que sí es sumamente ambicioso, abarcando demasiado, con el riesgo de apretar poco. Veamos rápidamente sus cuatro fundamentos (dejando aparte el 5º, el de Territorio, no porque sea menos importante sino, precisamente, por ser el más elemental y claro).

Aunque hoy estamos convencidos de que no existe ningún grupo humano totalmente homogéneo, todavía conserva importancia en Asia (oposición hindú-otros grupos raciales) y en África (apartheid), mientras que en occidente ha desaparecido prácticamente, lo que es el único mérito del nazismo.

En ella lo fundamental es la función del Símbolo (el signo con significación). Si bien sirve para expresar afectos o clarificar conceptos, sin necesidad de comunicarlos con otros, la función no social pero sí primordial es la social precisamente, aunque conserva autonomía respecto a la Sociedad, la cual no puede cambiarla ad libitum: Lo que hay que destacar es que constituye el principal vínculo en la línea vertical de las generaciones. Mientras la Biblia veía en la diversidad lingüística un castigo divino (torre de Babel), Herder y los románticos la consideraban un regalo. Es cierto que propendemos a creer que quien habla otra lengua es el bárbaro,

***«La triste verdad es que hay que admitir la dificultad de hacer coincidir Estado y Nación.»***



**«Se repite ahora, una vez más,  
el mito del padre devorado por  
sus hijos, pues lo cierto es que  
la religión cristiana (más  
concretamente, la calvinista,  
según Max Weber) es la única  
que ha engendrado (junto con  
el sintoísmo) las modernas  
Ciencia y Economía.  
Sorprende  
(aunque, por otra parte, se  
comprende) la demora del  
cristianismo para reaccionar  
contra los actuales excesos.»**



pero lo que verdaderamente cuenta es hablar alguna, pues como dice W. V. Quine «words are all we have to go on», es decir se trata de lo único de que disponemos para ir tirando, lo que no impide a Hamlet menospreciar las palabras. Lo cierto es que una Lengua no se inventa así como así, tal cual se muestra en la dificultad de encontrar una para la Europa unida, pues el «frangíais» es sólo una triste parodia. G. Steiner propicia una lengua universal, aunque no se le oculta que entonces no sería necesaria la traducción, al independizarse de las palabras, y por ende de la servidumbre del significado, con lo cual sólo nos quedaría el silencio.

Su vigencia depende del «post hoc ergo propter hoc». Así abarca las concepciones sobre Universo, Sociedad, Hombre y, más concretamente, las normas sobre Pensar y Hacer. Transmiten Tradición diversas instituciones como Ejército, Escuela, Universidad, pero sobre todo, la Familia, ya que muchas de las Tradiciones que transmiten no la conciernen a ella, sino a la Sociedad. La aceptación de lo tradicional (normas, instituciones, hábitos) reposa en la creencia de que su modo de tratar (y si cabe, de solucionar) una determinada situación sea instrumental o simbólica, resulta la adecuada para satisfacer reivindicaciones o necesidades, bien porque no haya alternativa, bien por creer que la duración de una norma en el tiempo indica, de por sí, su valor. La norma tradicional se rechaza cuando se llega a la convicción contraria, aunque también hay que tener en cuenta el fenómeno del «antinomianismus» en el que se rechaza la norma por resentimiento, si bien todo depende, en buena parte, del respeto que inspire la autoridad (gobernantes, teólogos, intelectuales, juristas). Hay que tener en cuenta que una Tradición nunca se rompe totalmente y a menudo lo Nuevo no es sino lo Antiguo, sólo que en nueva presentación. Asimismo hay que saber que el modo tradicional de pensar o actuar no es tanto un obstáculo como un regulador del Cambio. Protesta y divergencia en la interpretación y praxis de una Tradición permiten tanto flexibilidad como continuidad.

Nace del terror ante lo sobrenatural junto con creencias de grupo y es uno de los más fuertes vínculos sociales, mientras que el Ateísmo se basa tanto en la resistencia a admitir un ser (Dios) fuera de Tiempo y Espacio, como en la de conciliarle con el desorden, la casualidad y el mal. Frente a tal negatividad la creencia en Dios se siente como una afirmación consoladora. Además de este plano individual la Religión opera en el social sobre todo, pues es un «rilegare». Así M. Weber subraya su papel de dar significado a la vida social. Durkheim: gracias al rito religioso la sociedad reafirma periódicamente su identidad y valores (yo diría que protegiéndola de la Anemia). Para Malinowski ayuda a escapar de la impotencia. Igualmente cabría citar testimonios de

otros descreídos actuales que más aún que los citados quieren creer: R. Schar (poeta), L. Kolakowski (profesor), G. Steiner (crítico).

Pese a todo el hecho es que la sociedad moderna se ha secularizado y que, incluso cabe hablar de una cierta secularización del cristianismo. Me refiero por ejemplo al influjo de Bpnhoffer, aunque él no dejó de ser cristiano, al valorar más lo natural que lo sobrenatural, la conducta más que la fe, la libertad más que la obediencia, la madurez más que el conformismo. La secularización de la sociedad ha liberado al individuo de los dogmas y ética religiosos, ciertamente, pero, por otra parte, el Comunismo y la «youth culture» aceptan cuestiones y actitudes religiosas, incluso las más rigoristas, las místicas, aun a costa de secularizarlas. Se repite ahora, una vez más, el mito del padre devorado por sus hijos, pues lo cierto es que la religión cristiana (más concretamente, la calvinista, según M. Weber) es la única que ha engendrado (junto con el sintoísmo) las modernas Ciencias y Economía. Sorprende (aunque, por otra parte, se comprende) la demora del cristianismo para reaccionar contra los actuales excesos. ¿Es que es demasiado tarde o, al contrario, temprano, para corregir tanto desmán, hasta que la Productividad (es decir, el Consumismo) se consume a sí mismo? La Iglesia católica, la más extendida y, sobre todo, centralizada, va a publicar la nueva versión del Catecismo. Dentro de ella la francesa, la más alerta, acaba de pronunciarse en las conferencias de Cuaresma de Nôtre Dame en París, en el sentido de hacer pasar por el ojo de la aguja de la Biblia la entera historia universal, sobre todo la actualísima. Bien (demasiado) se comprende la suma dificultad de dar consistencia a la idea, tan fácilmente atrayente, por otra parte, de la Nación. Contra tal facilidad acaban de elevarse calificadas voces de protesta, con ocasión de la crisis yugoslava. Así John Pocock critica el «misticismo» europeo, que en virtud de un utópico universalismo, pretende nivelar (esto es, borrar) las nacionalidades europeas. En esta misma línea el profesor esloveno Tomaz Mastnak se pregunta si verdaderamente el concepto de Estado nacional está obsoleto, para terminar afirmando su vigencia. Reconoce, claro es, la buena intención de querer combatir los consabidos gajes del nacionalismo, sobre todo los basados en el «Blut und Boden» alemán y exasperado por el nazismo, pero previene del peligro de escapar de Leviathan, para caer bajo Behemoth (la monstruo-sa criatura con que tropieza el pobre Job).

Nuestra prolija exposición sirve para demostrar que muy pocos de los Estados europeos cumplen el requisito, por otra parte harto evanescente, de la nacionalidad. Lo que sí queda claro es que Yugoslavia estaba lejísimos de ella. A la ordenación de esta región por el nazismo, favoreciendo a Croacia, siguió la impuesta por la URSS a favor del eslavis-mo serbio, consagrada finalmente por Tito a su manera. Frente al desatino de Belgrado (Milosevic) las Naciones Unidas, y las comunidades europeas, postulan diversos fines. El más fácil es el humanitario de reducir las calamidades bélicas, además de castigar los crímenes de guerra, amén de restaurar las anteriores fronteras, e impedir el genocidio.